

Sr. Alcalde, estimadas concejales y concejales, dignísimas autoridades, queridas vecinas y vecinos, Sras. y Sres. visitantes, amigos todos, muy buenas noches y sean bienvenidos a nuestras fiestas patronales de San Juan.

Permítanme y discúlpenme por hacer un inciso que entiendo que es inapropiado para este acto pero que considero imprescindible desde el punto de vista humanitario. Manifiestarle mi tristeza y repulsa porque en este siglo XXI se pueda producir un genocidio con la pasividad cómplice de la comunidad internacional.

Dicho esto y reiterándoles mis disculpas quiero en primer lugar agradecer a la corporación municipal que hayan puesto su confianza en mí para que este año asuma la responsabilidad de ser el pregonero de las fiestas patronales, lo que agradezco enormemente a la vez que les manifiesto mi inquietud al no tener claro si lo asumo por responsabilidad o por eso de que la ignorancia es muy atrevida. En cualquiera de los casos lo hago con mucho gusto y sabiéndolo un gran honor.

Para que sepamos lo que pretendo para los próximos minutos, quiero hacer más las palabras de don Manuel Torres Stinga de su prólogo para el apartado de Pregones de la web historiadeHaria.com.

“Para el ciudadano de hoy, el pregón es rememoración afectiva y testimonio histórico, emoción personal y catarsis colectiva. El pregón de unas fiestas es una saludable parada en el devenir azaroso del tiempo. Durante unos minutos (justo lo que dura la lectura del pregón), la historia de ese pueblo se convierte en protagonista, el vértigo temporal del cotidiano vivir se torna calma, los problemas se aplazan, el tiempo se detiene y todo el pueblo se apresta a celebrar una ceremonia colectiva que tiene como oficiante al pregonero. Ceremonia de rememoración de la historia menuda de ese pueblo que el pregonero ha interiorizado y convertido en experiencia personal y recuerdo compartido.

Porque un pregón no es discurso político ni lección de historia, sino algo más sencillo, íntimo e intenso. Tiene mucho de pública confesión personal y de emotiva y nostálgica evocación de un pasado imposible de recuperar”.

En un primer momento de agradecimientos mentaré a dos personas sin las cuales mi vida hubiera tomado otros derroteros. Cuando obtuve mi Certificado Escolar tras mi paso por un experimento llamado AGE cayó en mis manos una beca para estudiar en la Universidad Laboral. Cuando ni siquiera yo creía en mí, hubo una persona que creyó ciegamente, me animó y me convenció; Pepita Dorta, madre, gracias por creer en mí.

Un día del mes de marzo del año 1986, alguien de Máguez se cruza en mi camino: Un viejo furgón Ebro F108, una margarita y un poema consiguieron que dos almas desconocidas hasta entonces empezaran a escribir una historia común que ha durado 37 años con dos hijas estupendas y un sol de nieta. Loli, gracias por cruzarte en mi camino.

Aunque casi todos me conocen, soy José Luis Pérez Dorta, al menos lo era hasta que por algún trámite tuve que sacar un certificado de nacimiento, entonces descubrí que había estado 15 años usando un nombre que al menos en parte no era el mío, a partir de entonces soy José a secas, Pepe Dorta para los amigos y conocidos relacionados con el Pancho Lasso, sólo Dorta para los amigos y conocidos relacionados con la Universidad Laboral y la mili, y aquí en mi querido municipio de Haría José el Palmero. Soy hijo de Servando el Palmero y Pepita Dorta. Nací en La Palma un doce de octubre de 1960 aunque desde chinijo, con menos de un año de edad vivo en Haría, aquí se formaron todos mis recuerdos de la infancia y adolescencia, todas mis vivencias compartidas con muchos de ustedes, vivencias que intentaré desgranar someramente, recogiendo desde las imágenes más borrosas de mis primeros recuerdos, hasta las más frescas, aquellas que, consciente del paso del tiempo, conservo más como vivencias enriquecedoras que como nostálgico recuerdo. Fui consciente de lo rápido que pasa el tiempo a los veinte y algo, paseaba por la plaza Cairasco con mi primo Paco González, hijo de Juan González de Máguez, de la calle cuatro esquinas y María Dorta de Haría de la calle el molino, una de tantas y tantas familias que poblaron la Isleta, que emigraron a finales de la primera mitad del siglo XX, buscando una vida mejor, huyendo de la miseria de una isla que se antojaba sin futuro, una isla tremendamente dura con su gente. Les decía que paseaba por la plaza Cairasco cuando un niño de unos 12 años se me acerca y me dice *“perdón señor, ¿me puede decir la hora?”* miré a mi alrededor y sólo estábamos mi primo y yo, o sea, que se refería a mí, bueno, reconozco que en principio me costó, pero acepte que ya no era un “pivito”, para aquel adolescente había entrado en el mundo de los adultos; Una faena que empecé a aceptar como una parte más de la existencia, y a partir de ahí cumplir años dejó de angustiarme porque los años son solo cúmulos de experiencias. Además reconocamos que cumplir años es muy bonito, que hacerse viejo es muy bonito, sobre todo si contemplamos la alternativa.

Haría ha sido y sigue siendo en muchos casos vanguardia en el proceso educativo de esta isla. No voy a referirles a La Academia, al Colegio Libre Adoptado ni a cómo se fue fraguando nuestro Instituto. Tampoco voy a hablarles de la importancia que tuvieron algunos hijos ilustres de este municipio como es el caso de don Enrique Dorta para que muchos jóvenes, hijos de familias humildes pudieran estudiar, porque aunque reconozco la importancia de hechos y personalidades ya han sido mentadas

con mayor conocimiento que el mío por otros pregoneros cuya experiencia fue más directa. Contando mi vivencia quiero referirme a otros niños, a los que nunca se ha referido ningún pregón pero que fueron también parte de nuestra realidad. A los seis años don Cesar, hombre tranquilo donde los haya recibía a los niños en su primer curso, era en las escuelas de arriba, los pequeños en el aula trasera los mayores con don Juan Valenciano, y las niñas en las aulas del patio interior con Doña Marusa, doña Melitona y doña Eugenia (entonces no era decente que se mezclaran los niños con las niñas ni para jugar en el recreo). El segundo año nos tocó con don Manuel Perdomo, en la calle El Molino. Del aula de don Manuel recuerdo que una vez explicada la lección y mientras hacíamos los ejercicios se pasaba la clase paseando con las manos detrás del culo, caminaba tan sigilosamente que cuando creíamos que estaba en el fondo de la clase y decidíamos preguntarle al compañero de al lado alguna duda recibíamos como salido de la nada semejante coscorrón, se volvía a poner las manos detrás del culo, miraba para el techo como si la cosa no fuera con él y sin decir palabra seguía caminando. El mero hecho de recordarlo todavía me duele. Eran los tiempos del vaso de leche que preparaba Inés, también había comedor escolar igualmente llevado por Inés y posteriormente, ya en las escuelas nuevas por Aurea, su hija. A partir del tercer curso pasamos a las escuelas nuevas, donde hoy está el parque móvil. Del tercer curso recuerdo rezar al empezar la clase, los arrestos sin recreo por no ir a misa el domingo o de rodillas por no saberte la lección, mi libro de ciencias naturales siempre (se tratara de la materia que se tratara) abierto por donde habían imágenes de animalitos y de campo, y el Quijote, todos los días después de comer, a unos niños de 8 años mantenerles atentos con la lectura del Quijote; Las aventuras de un señor hecho y derecho que en lugar de ser un ejemplo para los niños estaba siempre haciendo gamberradas, destrozando el patrimonio cultural, cargándose entre otras muchas cosas los molinos, con lo importante que es para los canarios el gofio. Luego vinieron los cursos siguientes, la escuela no era el lugar donde iba ilusionado a aprender, recuerdo por poner un ejemplo que en una ocasión en que nos preguntaban por el nombre de los astros, se levantaban los niños según eran requeridos por el docente, contestaban hasta donde sabían, se llamaba al siguiente y al siguiente hasta que alguien acertara, en esta ocasión me tocó a mí, cosa muy normal al tratarse de astros porque yo casi siempre estaba en las nubes. Se me entrega de premio un trozo de madera y se me ordena “dale un reglazo a esos burros” cumplo la orden siendo un tanto condescendiente con los compañeros, y cuando terminé y para que aprendiera como se castiga, recibí el mas bien dado de todos los reglazos como premio por ser buen alumno y por ser buena persona. Con ese panorama para algunos de los niños de este pueblo ir a la escuela suponía un suplicio. Así llegamos a tropezones a séptimo o a octavo arrastrando alguna asignatura del curso anterior y, como una salida que nos

permitiera abandonar el sistema educativo sin sumar la estadística del fracaso escolar caímos en el AGE (Actualización para la obtención del Graduado Escolar), éramos el grupo más numeroso de toda la escuela, y es curioso porque de ahí salimos, algunos maestros y muchos excelentes profesionales de distintas disciplinas, pero también ahí se frustraron muchas ilusiones. Aunque tenía el convencimiento de que mi futuro estaba reñido con los estudios, sobre todo después de que un docente le dijera a mi madre que no perdiera tiempo ni dinero en facilitar que fuera a estudiar porque yo era un paquete, mi madre no se rindió y me animó, me convenció para que, aceptara esa beca de La Laboral que tenía en mi mano, que probara un trimestre y que después decidiera. Pruebo y me encuentro con profesores cercanos, allí recobré la confianza y la autoestima y mis notas pasaron a ser excelentes, y a partir de entonces mi formación no pararía (Técnico especialista del metal, Graduado en Arte y Oficios, maestro de Delineación de modelismo y maquetismo, de medios informáticos, de forja artística y de moldeado y fundición de joyería, etc.).

Es justo decir que no todos los maestros eran iguales, y la llegada de nuevos licenciados iba haciendo que fueran cambiando algunas cosas, nombrar como ejemplo más destacado a don Alejandro Perdomo, él nos sacó de las cuatro paredes del aula y nos llevó a conocer y valorar nuestro patrimonio natural y cultural. Era por fortuna un loco atrevido que nos llevaba a bajar el risco por Guinate, a adentrarnos en la cueva de Las Palomas, a cruzar la cueva de Los Lagos o bajar, después de las lluvias el barranco de Teneguime, explicando cada detalle de la formación de la Isla, de los primeros pobladores o de nuestra flora autóctona y endémica. La labor que realizó Alejandro Perdomo marcó a varias generaciones de harianos. En mi caso sus enseñanzas y ejemplo me acompañaron en mi vida personal, docente, y pública.

Con estas referencias de mi etapa de escolar no quiero minusvalorar la labor de nuestros maestros y maestras que hicieron una gran labor con los niños que tenían mejores facilidades para el aprendizaje, con estas referencias quiero únicamente reconocer con un abrazo entrañable a todos esos otros niños y niñas que en una etapa tan importante de nuestras vidas nos sentimos un poco o un mucho, unos parias.

Animo a todo el mundo a ser quijotes, a construir castillos en el aire. Doy gracias a que en mi infancia construí castillos en el aire con el libro de ciencias de la naturaleza siempre abierto y doy gracias también a maestros como Alejandro Perdomo que me ayudaron a imaginármelos.

De mis primeros recuerdos fuera de la escuela me viene a la cabeza una importante afección renal que me trató Don Antonio, un médico recién llegado que luego ocuparía un lugar importante en la historia de Haría como médico y como docente. Recuerdo las dos inyecciones diarias durante meses, a don Antonio Bonilla y

a doña Carmita “la practicante”, recuerdo esas cajitas de metal con un juego de agujas y jeringuillas que hervían en un cazo de agua para su esterilización, unas agujas que recuerdo enormes. A dos pinchazos diarios me tenía el culito como un bebedero de pollo. Me pasaba la mañana rezando para que fuera Carmita la que viniera a pincharme, porque las de don Antonio, bastante mayor ya, con los temblores propios de la edad y algún traguito que solía llevar a tales horas de la tarde se me mostraban más dolorosas.

El agua siempre tuvo un papel vital en nuestra infancia, la lluvia era una fiesta, con los chinijos pisando los charcos saltando de lado a lado el caudal de los barrancos. Cuando llovía se recogía agua de las azoteas y también de la calle, la de la calle primero entraba en un hoyo llamado coladera donde se decantaba las partes más sólidas, así que al aljibe pasaba solo el agua canela por las finas partículas de tierra disuelta, a los pocos días estas se decantaban y el agua empezaba a clarear y cada par de años se limpiaban las aljibes y ese lodo pasaba a una zanja hecha exprofeso, eso era un verdadero acontecimiento para los niños con espíritu de artista, a los pocos días disponíamos de una enorme cantidad de arcilla de modelar donde dar rienda suelta a nuestra imaginación, darle forma a casas, animales, calles y barrancos. Recuerdo que un día me encontraba agachado, ensimismado con mi creación artística cuando mi primo Luis Enrique se acerca sigilosamente por detrás y estirando con ganas las finas tiras de cámara de bicicleta que armaban su tirachinas, la descargó a gusto en mi trasero, aunque se me saltaron dos lagrimones, mi cara debió ser terrible, porque ni las piedras que le tiré pudieron alcanzarle calle El Clavel abajo, estuvo varios días sin aparecer, luego creo que le perdoné, no porque fuera yo buena persona sino porque no podía prescindir de los bocadillo de pan con mantequilla, queso fresco casero de cabra y dulce de membrillo o guayaba que nos preparaba de merienda la prima Bibiana (su madre), dulce que venían en una cajita de madera que una vez vacía se le ponía unas ruedas rudimentarias y la convertíamos en un camión, y los más hábiles le añadíamos un cacharro de los de carne molida y con unas tiras de madera unas tachas y un trozo de hilo de bala hacíamos una pala mecánica articulada. Al final del verano, cuando los aljibes tocaban fondo íbamos con unos garrafones en carretilla al aljibe del pueblo al pozo de Tenala o al pozo de La Alberca a buscar agua, recuerdo que el aljibe del pueblo manaba agua, o sea que cuando se vaciaba, al día siguiente podíamos volver a guindar. También recuerdo aunque muy excepcionalmente ir al Chafariz con Ginesito y Paco Machín, íbamos con las burras cargando dos garrafones cada uno en la silla.

Un capítulo especial de mi historia se lo merece Órzola, mis primeros recuerdos me llevan a la casa de mis tíos Andrés y Eugenia por las fiestas de Santa Rosa, la imagen de toda la familia en el Peugeot 404 de Bernabé, el del pescado, una camioneta de una cabina para dos pasajeros y una caja con un toldo verde, en la cabina con Bernabé mi

padre, mi madre y mi abuela, y en la caja todos los chinijos, y la imagen de la familia en un almacén de piedra seca o la del baile con timple y guitarra en el salón de Emilio y Erebista con las parrandas de Los Viñoly y la de Los Arráez. Ya de adolescente con Ginés, Paco, Bernal, Adolfo, etc. íbamos en bicicleta, esas bicicletas hechas de retales encontrados en el vertedero de los hoyos, el cuadro de una, los pedales de otra o sin más pedal que el hierro central de lo que fue un pedal y así con el tiempo, paciencia y habilidad llegábamos a tener una bici hasta con portabultos, esos viajes de Haría a Órzola y viceversa eran mortales, hasta llegar al Raso todo bien, más o menos llano, camino de tierra pero transitable, llegado al Raso y después de coger unos racimitos de uva moscatel en la finca de don Juan Santana (espero que no se entere), después de la pequeña subida venía el calvario, con unas bicicletas sin más freno que la chancas de plástico y ese camino de tierra, cuesta abajo y lleno de rizos que te sacaban los pies del pedal (porque a seño Juan el caminero, que además ejercía de barbero y ATS no le daba el tiempo para más), cuando llegábamos parecía que habíamos estado tres días trabajando con un martillo compresor. Luego mi hermano Servando con 16 años ya se había “agenciado” su primer solar y fabricó en Órzola, de la forma que hacían antes las primeras viviendas los jóvenes, a ratos, con mucho esfuerzo y con ayudas, el retranqueo lo hizo don Juan Santana que era el alcalde, cuando eso no había Plan General ni Oficina Técnica, ni se les esperaba, el alcalde iba y miraba las casas que estaban construidas y mirando a ojo de buen cubero como quedaría la calle, decía que se marcara por aquí o por allá. Y empezamos a ir de veraneo a Órzola, y nacen vivencias y amistades nuevas, las largas conversaciones con mi amiga Lola en las rocas junto al pequeño muelle, mientras los chicos y chicas se bañaban en ese humilde embarcadero donde descargaba el Marijean las salemas que después de jareadas llenaban las rocas y liñas, y los barcos de la Graciosa al atardecer con la pesca diaria para que Francisco Curbelo se la llevaran al mercado, luego llegó Pepe Capitán y después Pablito. Recordar las pescas y pulpeos con Santiaguito y con Juanito para coger unos pulpos, unas lisas de esas de marisco limpio y reunirnos al atardecer, entorno a una hoguera casi todos los chicos y chicas, Zenón, Juanito, Nino, Luis Celestino, Santiaguito, Abigüey, Lola, María Esther, Isabel, Carmen María y los que la memoria se resiste a traerme, llevando unos refrescos y cervezas del bar de Ambrosio y unos bizcochos de la tienda de Soledad, compartiendo risas, chistes y como no, algún que otro filtro, algún que otro primer enamoramiento o alguna que otra primera decepción, para acabar a modo de guateque en los salones de Donato con su Gramola.

Volviendo a Haría recuerdo después de salir de la escuela ir al campo con mi hermana Fredes montada en la burra a buscar unas alforjas de hierba, otros días al bar a fregar vasos, con siete años hasta ponía las tapas mientras los hombres echaban una partida a la baraja, mi padre les acompañaba cuando faltaba uno para completar el

equipo y mi hermano Servando con apenas cuatro años más que yo atendía la barra, y otros días jugábamos en la plaza, por las calles, en los hoyos o en el barranco con Fael, Pepe Zerpa, Juan Rosendo, Juan y Baltazar, Marcial, Carmelo, Bernal, Ginés, Adolfo Chaguín, Luis Enrique, Carlos y los que se me quedan en el tintero. No necesitábamos más que un palo unas piedras planas, una sogá o unos boliches para pasarnos toda la tarde divertida jugando a la guerra, a fuera, a la laja, a la tángana, al boliche, al guás, o a aquellos otros con los que además podíamos jugar con las niña como el quemao, el teje, la comba o el escondite. Las mañanas de los domingos a misa o al bar a ayudar, la mayor parte de mis amigos no tenían opción porque eran monaguillos, yo nunca fui monaguillo, a ver, yo creo que eso de ser monaguillo estaba sobrevalorado, supongo que estaban guapos con esa batitas y sobre todo en las pascuas, cuando salían a bendecir las casa del pueblo o en las procesiones, en esas ocasiones vestían con esas túnicas blancas y rojas con mucho calado y bordado, aparte de eso yo no eché nunca en falta las ventajas de ser monaguillo porque confieso, y esto que no salga de aquí, que yo también comí hostias de la sacristía e incluso algún bichito de vino, que por cierto el que probé era dulce, un caldo con aromas frutales que maridaba perfectamente con las hostias. Si es que los curas, al menos entonces, sabían mucho del buen comer y el buen beber.

Les decía que los niños de mi infancia necesitábamos muy poco para ser felices, por Reyes, que antes los Reyes Magos tenían el monopolio al no tener la competencia de Papa Noel, nos regalaban, en el mejor de los casos, una pistola de mixtos y una naranja, y esa naranja tardaba horas en nuestras manos, la molíamos tirándola como una pelota, apretándola por aquí y por allá hasta que hecha polvo le abríamos un agujero y empezábamos a sorber aquel rico zumo natural.

De los Bailes de mi adolescencia y primera juventud los que mejor recuerdo son los de Órzola y Mala porque los de Haría y Máguez los viví desde adentro. Los gestionara Jesús Viñoly, Juan el del Callao, Chalo, Benito o Nicasio Bonilla, yo siempre viví los bailes trabajando de freganchín barman o ayudante de cocina con seño José “El Bonito” de maestro cocinero, recuerdo aquellas samas enormes, cabeza y ventresca para croquetas y para filetes empanados el cuerpo, y aquellas garbanzas tan ricas. A los bailes de Órzola los recuerdo con mucho cariño porque allí estaba mi pandilla de amigos y amigas, los de Mala porque son los últimos del verano y porque entonces la fiesta de Mala era muy importantes, el entorno de la sociedad lleno de ventorrillos, tómbolas y el festivo jaleo, continuaba la calle vacía, la escuela y el parque con alguna pareja disfrutando la aventura propia de su tiempo, viviendo momentos entrañables, construyendo para el futuro bonitos recuerdos. La pista de baile la recuerdo enorme, en la parte del bar los jóvenes, en el muro de enfrente, a lo lejos, las madres sentadas con las hijas. Si querías bailar después de estar un largo rato estudiando a la chica que

te gustaba, cuando te decidías a cruzar esa travesía del desierto y empezabas a caminar, muchas veces tenías que frenar en seco porque alguien menos indeciso que tú se te había adelantado y en las ocasiones que conseguías llegar tras cruzar aquella pista enorme, lo hacías rezando para que te dijera que sí, que en caso contrario el bochorno de volver con las manos vacías y con la impresión de que todo el mundo te miraba era horrible, por fortuna ya en los ochenta era distinto. Por cierto hoy miro esa misma pista y la veo tan pequeña que no la reconozco, parece que todo se encoge con el tiempo.

La hoya fue, y sigue siendo el centro neurálgico de Haría, estaba el cine de Don Luciano y el de Paco, recuerdo que me dejaban entrar gratis porque ponían los carteles en el bar de mi padre, donde hoy está el Rincón de Quino. Las películas de vaqueros, o las de Raphael y Julio Iglesias son las primeras que me vienen a la memoria. Solo en el entorno de la plaza teníamos al bar de Quico, Al Billar, al de los hermanos Pepe y Paco Pérez el de Andrés, el de Amadeo, el del Palmero y el de La Sociedad además de la dulcería de Pepa. Del bar del Palmero (mi padre) recuerdo el piso por la zona de la barra con rofe y en la zona del futbolín con cemento. Todas las mañanas, mientras mi hermano Servando y yo limpiábamos, Elías (el cojo) apoyaba sus brazos en la barra y con el pie iba removiendo el rofe y siempre encontraba alguna moneda que a alguien se le había caído el día anterior, pues al ser el piso de rofe no se sentía caer y quedaban enterradas rápidamente, luego le pasábamos nosotros el rastrillo y sacábamos casi siempre alguna pesetilla e incluso alguna moneda de medio duro o de un duro; Que con un duro ibas al cine, te comprabas en la tienda de Antonia la del Puente un mimo enorme y un pirulí de los que te soldaba la mandíbula superior con la inferior, y te sobraba alguna peseta para el domingo.

Haría siempre ha sido ejemplo de participación vecinal; Ranchos, el grupo de teatro Guatifay, la Agrupación Folklórica Malpaís de la Corona, Asociaciones Vecinales, etc.

Me reconozco siempre participando con alguna y siempre reivindicando un Haría mejor.

Con la asociación juvenil La Tegala luchando para parar la construcción turística que se pretendía hacer en Caletón Blanco con el respaldo de la corporación municipal, de César Manrique y muchos vecino, recordar el pregón muy aplaudido de don Enrique Dorta hablando de los beneficios para el desarrollo del municipio. Se creó todo un movimiento de rechazo con los jóvenes harianos de la Universidad de La Laguna presionando, nosotros convenciendo a Manrique que no lo siguiera respaldando o “Jóvenes Poetas Conejeros” haciéndose eco en sus recitales.

Ya le están tramando futuro
a tu blanca arena
de conchas marinas y caracolas de siglos,
traman borrarle su sabor a identidad,
y la golpearán en idiomas de babel
que sólo entienden
los que comercian tu suelo;
Mientras, malpaíses de tojias
lloran su sed a la noche,
las aulagas hacen picos sus gargantas,
el verode encoge de hombros
sus brazos carnosos
y arruga su piel la vergüenza,
y procesiones de tabaibas
irán sepultando lagartos al destierro.
Veremos los arrecifes muertos
por casitas blancas de maqueta
y puertas verdes de esperanza sintética.
Ya te están tramando futuro,
Le cantaremos al hombre del norte
Y a su valor perdido
que solo le queda para su llanto
un pañuelo de ortigas
y... este lamento

Finalmente se logró parar, pero nada es blanco o negro, cada uno tenía sus buenas razones, por una parte hubiera supuesto la entrada de Haría en el desarrollo como lo

hizo Tias o San Bartolomé de Tirajana, pero a cambio hubiéramos dejado de ser el único municipio de la isla que tiene un patrimonio y una identidad que nos puede convertir, si hacemos los deberes en un ejemplo de desarrollo sostenible con una propuesta alternativa. Con la directiva de “La Sociedad” un grupo de jóvenes (Eduardo, Suso, Chago o Felo por nombrar algunos) hicimos una labor social y cultural de primer orden, creamos la fiesta de La Palmera para revitalizar el palmeral o apostamos en plena transición por la libertad de expresión, recuerdo porque fue muy criticada y porque recibimos fuertes presiones para que no la trajéramos, la Charla del líder independentista Canario Antonio Cubillo. Con el movimiento vecinal Alternativa Democrática otro grupo de vecinos (Ramón, Yessica, Roberto, Ana Belén, Silvestre, Santi, Juan Cazorla, Loli, Manolo entre otros muchos) realizamos labores de recuperación de nuestras tradiciones con proyectos como “De la Tierra a la Pella” financiado por fondos europeos y con la participación de la mayor parte de los institutos de la Isla y muchos de nuestros mayores, y también nos presentamos a las elecciones municipales y estuvimos una legislatura cogobernando y, en ese y con ese gobierno pudimos hacer una labor cultural y medio ambiental que sigue llevando a Haría por todo el mundo con el festival internacional de guitarra, la Finca Agroambiental Los Lajares consolidadas y otros como en Centro de Interpretación de Órzola proyectado y en camino.

Se agrupan en mi mente centenares de imágenes:

La de los cabildos del verano en las puertas de las casas mientras los niños y las niñas jugaban al escondite.

La de Luis Machín y Marcos González subiendo por una sogá, descalzo el primero y con unas alpargatas el segundo, para cortar las palmeras más altas.

La de la discoteca de la calle El Clavel con muchos y muchas jóvenes y el característico olor a “María”.

La de Francisco “El Verol”, que no es que fuera un santo, pero que pasara lo que pasara siempre terminaba en el cuartel de la Guardia Civil.

La de Juan el Diablito que a menudo dormía la mona en el calabozo de los bajos del Ayuntamiento, invitado por Navarro (único municipal entonces y extraordinaria persona).

La del Mercado Municipal con la carnicería de Marcial y el puesto de verduras y pescado salado de Erásima.

La de Elías y El Palmero cargando al mas pintao.

La de Nicolás parando gratuitamente la guagua en la cuesta de Trujillo para que después de una jornada dura de campo no tuviéramos que venir hasta Haría caminando.

La Imagen entrañable con mi abuelo haciendo empleitas y escobas de palma para barrer o enjalbregar, que hasta la cuerda con que las amarraba las hacía de palmas.

Con Encarnación Rodríguez ensayando versos de navidad.

Con Ladislao “El Mudo” entrenando como portero.

La de los chicos del barrio en mi casa viendo la tele en blanco y negro hasta que la familia telerín nos mandara a acostar.

La imagen de la primera cocina de gas que sustituyó a la de petróleo al infiernillo y a los teniques, y con ello desapareció ese olor a humo y petróleo y ese hollín en los techos.

La de las calles sin asfaltar y las rodillas peladas por el vuelco de los carros de madera, a las que se le echaba un puño de tierra para que dejaran de sangrar (y no se infectaban).

O la de mi abuela Dolores sentada en una silla rabona y mi madre lavando en la pileta mientras escuchaban la radionovela Lucecita y a su término las voladas de seña María, entre tantas y tantas imágenes del recuerdo.

Hablar de la fiesta de San Juan es hablar del Haría lúdico, son fiestas donde lo pagano y lo religioso se funden en un cúmulo de ritos de mirada siempre positiva, el triunfo de la luz sobre la oscuridad, dejar atrás lo malo quemándolo en la hoguera, es una noche mágica envuelta en la danza del fuego donde todo puede suceder, si sigues el ritual apropiado conseguirás el amor, la suerte o la felicidad. Hablar desde la memoria de las fiestas de San Juan es hablar de la Santa Misa y la procesión, con las autoridades civiles y militares en primera fila con las mujeres a un lado y los hombres al otro lado del templo, de los juegos en la plaza (carrera de cintas, carrera de sacos, la cucaña vertical, la gincana...), de luchadas, partidos de fútbol o campeonatos de baraja, de los ventorrillos forrados de hojas de palmeras, de las verbenas en la plaza, de la hoguera en la hoya, todavía sin asfaltar con los jóvenes saltándola y separando unas brazas para asar las últimas piñas o las sardinas que te daban gratis los sardineros que descargaban en el muelle pesquero de Arrecife, o de tantas y tantas imágenes entrañables como la de Rosalía Acosta preparando un pase de modelos de chicos con moda femenina. (Era todo un poema ver a Carlos Zerpa posando con un vestido vintage verde años 70 con esas canillas peludas que dios le ha dado).

Son imágenes que en mi recuerdo se tornan bonitas, unos recuerdos que el paso del tiempo ha vuelto entrañables.

Quiero terminar con un poema que habla de este, nuestro pueblo.

Abanicos de verde oscuro
se derraman Aganada abajo,
Los Castillos, Faja, La Atalaya abajo.
Con una algarabía de mojarrillas
lanzan su canto de verde támara,
de remanso de tierra y tiempo,
de pájaros juguetones que danzan
de abanico en abanico con un solo son
de bullicioso coro
y desorbitado vuelo.
Y los niños en las tardes
alborotando el silencio,
son todos como los lirios
estrellas de terciopelo,
todos como los gorriones...
traviesos,
todos como los canarios
jugueteando con el tiempo,
que no les falta razones
para burlarlo riendo.
¡Qué felices son los niños
cuando les dejan ligeros,
cuando les dejan que sueñen,

cuando les sueltan el pelo
si...hasta lo que maltratillos
son pedacitos de cielo!
A veces, al caer la aurora
valle y noche hacen leila
que arraiga en los cimientos
donde se mezcla en un canto
vida, esperanza y recuerdos,
un cascabel de alegría
y un silbido de hoja y viento.
El Católico San Juan
de noche es pagano fuego,
símbolos que purifican
y jolgorio de arraigo inmenso.
Las Nieves, por Elvira Sánchez
romeros de vino viejo
que en lo alto de Famara
siembran juergas y nacen rezos,
y... La Encarnación Patrona
abraza desde los cielos
a la fiesta de La Palmera
y juntan van Molino arriba,
juntas en el asadero,
juntas cimbreando palmeras
bajan de la Atalaya al Centro
donde danzan, donde beben,
donde alegres hacen pueblo
y amanecen hermanados

entre el canto de los gallos
y el aullido temprano de los perros,
entre el rojo amarillento de la aurora
y la tenue sinfonía de los vientos,
y amanecen con aromas y fragancias
que hacen historia

tierra,

hombre

y

sueños

Termino agradeciendo la atención que me han prestado al compartir mis recuerdos. Deseo que este ratito no les resultara eterno, mis disculpas si así fuera y que los vítores despierten a quienes pude dejar durmiendo.

VIVA SAN JUAN

VIVA HARÍA